LA MUERTE, por Luis Montero Álvarez

El anciano barón dormitaba en su sillón. De repente, desde el jardín, le llegó una tímida ráfaga con aroma de azahar. Abrió los ojos a pesar de saber que la realidad le iba a doler. Estaba en Berlín. ¿Cómo era posible, aquella fragancia? La enfermedad le estaba haciendo enloquecer e imaginar cosas con los sentidos. Se le ensombreció la mirada. Cerró los ojos de nuevo, intentando conjurar aquella tarde, llegando casi a las puertas de Valencia, a lomos de una yegua joven. Él sólo contaba entonces 30 años. Ya veía las cúpulas de la ciudad, a lo lejos, con el sol cayendo sobre la Albufera, que mediante un increíble sistema de canales regaba los cultivos de arroz pródigamente. Cabalgaba rodeado de campos de naranjos, con los árboles plantados en líneas perfectas, como soldados en formación, a ambos lados del camino. Asemejaban un mar verde, ancho, venturoso. Era un árbol milagroso, el naranjo. Con flor y fruto maduro a un mismo tiempo. Con el débil sol de la tarde desprendían un aroma embriagador, aquellos árboles. Entre el verde rabioso de sus hojas, el blanco de las flores, y el naranja de su fruto, de cuando en cuando asomaba una cúpula azulejada de una iglesia, de un azul intenso, brillante, como un islote en el mar. Si su amigo Goethe lo hubiera visto, si hubiera sentido los naranjos como él, habría escrito un poema. Qué gran país era aquel. A pesar de todo.

Volvió a abrir los ojos. Allí estaba Joseph, su fiel sirviente quien, en cuanto vio que el maestro abría los ojos, se levantó, inquieto. El barón los volvió a cerrar. No quería que lo molestasen, que le preguntasen por enésima vez si se encontraba bien, si necesitaba algo. Quería seguir soñando. Una gota de sudor le resbaló por la cara, y su carrera a lo largo de su sien le trajo a la mente aquellos años que pasó viajando por el

fabuloso Imperio español, cuya estrella ya entonces se estaba extinguiendo, que estaba dando las últimas convulsiones, los estertores finales que anuncian la muerte.

En realidad, a aquel fabuloso imperio ya sólo lo mantenía a flote la inercia, esa fuerza que mueve semejantes titanes, ya sin aliento para impulsarse por sí mismos. Aquello que él conoció durante sus viajes, mientras Napoleón campaba a sus anchas por Europa, no era más que un espectro de lo que había sido el imperio más grande jamás visto sobre la faz de la tierra. En cambio, Napoleón….un emperador…valiente petimetre. Los imperios duran siglos, no un puñado de años, como el suyo. Emperador...de Francia... ¡Cuánta soberbia! Él, Humboldt, había conocido a un rey que merecía con mucho más derecho el título de emperador: Carlos IV, bajo cuyo cetro se aglomeraban tierras fantásticas, tan lejanas, tan exuberantes, tan dispares: el Orinoco, los Andes, las Filipinas, Atacama, el Río de la Plata, el valle de Tenochtitlán. Durante siglos hombres valerosos habían penetrado las selvas, atravesado los llanos, subido las montañas, domado los ríos y los mares. ¿A qué ese empeño en insistir con que los navegantes españoles son timoratos y poco atrevidos? ¿Acaso no fueron capaces de atravesar los primeros la Mar del Sur, de la que fueron dueños y señores durante décadas? Elcano, Cabrillo, Vizcaíno, Gaetano, Loaísa, Mendaña, Quirós, Sarmiento. Todos merecen ser colocados a la altura de los más insignes navegantes europeos del siglo XVIII.

Sintió una mano sobre el hombro. Abrió los ojos. Era Joseph. Le ofrecía un vaso. Su contenido era burbujeante. Se incorporó ligeramente en su sillón y dio un sorbo, su amargura le hizo fruncir el ceño. Cerró los ojos de nuevo. Esta vez sus sentidos le transportaban a América. A Bogotá. Las fiebres que su compañero de viaje Bonpland

había contraído en el Orinoco le habían vuelto a asolar al llegar a la ciudad. Lo trataron con quinina, aconsejado por Mutis, el experimentado naturalista español que les enseñó su estudio de Bogotá, con sus increíbles colecciones de plantas. Se sintieron inundados por una emoción apenas controlada al verse ante aquella gloriosa colección de especímenes y de dibujos. Contaba el viejo Celestino Mutis con decenas de artistas, muchos de ellos indios, dedicados a crear láminas a todo color, maravillosos dibujos que representaban miles de plantas e insectos autóctonos. Y la biblioteca. El barón no había visto ninguna tan bien nutrida, ni en Madrid, ni en París, ni, por supuesto, en Berlín. Y no sólo sobre botánica. El viejo Mutis también había estudiado y recopilado diferentes lenguas indígenas, había creado gramáticas y diccionarios que las describían a la perfección, poseía libros de historia, de filosofía, de retórica y poética, de teología, de astronomía. Atesoraba increíbles instrumentos: barómetros, termómetros, máquinas de electrización y telescopios acromáticos. Y, ¿cómo era posible que el resto de Europa viese a este imperio como atrasado? Era tan ilustrado como el que más.

El barón frunció el ceño, y otra gota de sudor rodó por su frente. Los recuerdos le asolaban. Abrió los ojos para intentar dejar de recordar. Pero su mirada se fue directamente al portavelas de nácar y plata que Joseph acababa de encender. Justo en ese momento, una ráfaga de aire demasiado fría entró por la ventana, y Joseph se apresuró a cerrarla. El aire hizo danzar la llama en el fondo del portavelas, y su alegría animó al viejo barón. Lo había adquirido en el parián de Acapulco. Recordaba perfectamente cuándo y cómo. Acababan de desembarcar tras casi un mes de viaje desde Guayaquil. La travesía había sido terrible. El navío azotado por el mar y el

viento, violentamente, o parado sin esperanza de que un ligero soplo hinchiese el velamen...

Por fin nos acercábamos a nuestro destino. Cuando los vigías de Acapulco divisaron desde el puerto nuestras velas hubo gran suspicacia, ya que pocos veleros arribaban a ese puerto, salvo la nao de Filipinas que había llegado con gran fanfarria hacía días. Desde la costa se estableció nuestra identidad como un navío amigo. Nuestro capitán saludó con una salva de cañonazos, que fueron correspondidos desde el fuerte de San Diego. Cuando atracamos, observamos con júbilo la actividad frenética que se registraba en el puerto. Hicimos descargar de la sentina del buque todos nuestros efectos, que formaban un enorme conglomerado de cajas y petates, llenos de nuestros efectos personales los menos, y sobre todo, de las colecciones de insectos, plantas, rocas, dibujos, libros que habíamos atesorado durante nuestro periplo por el Imperio español en los cuatro años anteriores. Nos aseguramos de que todo llegaba sano y salvo a la casa del contador del puerto, que nos sirvió de almacén. Nosotros nos alojamos en la casa del gobernador. A pesar del penoso viaje y del cansancio, quisimos ser testigos de la actividad en la ciudad. Nos excusamos ante el gobernador, y salimos a la calle. El galeón cargado de tesoros del Asia había llegado hacía unos días y se celebraba en la ciudad el tradicional mercado que atraía a miles de personajes: rechonchos y emperejilados comerciantes; soldados, indolentes algunos, otros de aspecto más fiero; frailes mohínos ante la perspectiva de embarcarse hacia el Cavite; arrieros sucios y mellados, de pies descalzos pero con la bolsa llena, tirando de sus mulas ataviadas con campanillas y cintas de colores intensos entrelazadas entre las crines; marineros chinos, indios y blancos saciados de pulque con el que remojaban

las habichuelas y las tajadas inmensas de tocino que engullían con una hogaza de pan fresco al pie mismo de los puestos de comida siempre adornados con flores y frutas de mil colores, y atendidos por indias de largas trenzas, sonrisas blancas y negros ojos; funcionarios reales de aspecto serio; esclavas negras ataviadas con tafetanes y sedas multicolores cargadas con cestas y de andares sugerentes; indios tocados con amplios sombreros cantando y tocando una guitarra de enormes proporciones y varios violines, mientras otros bailaban sobre una tabla de madera. Bonpland y yo no dábamos crédito a aquel espectáculo de colorido, de sonido, de aromas. No habíamos probado piñas más dulces, mangos de Manila más sabrosos, tomates más jugosos, carne de res más tierna y sabrosa, ni maíz más suculento que aquel de Acapulco.

Nos habría gustado llevarnos ese pedazo de la Nueva España, a modo de cuadro, como un talismán que agarrar en momentos de melancolía. Por un momento olvidamos las mediciones, las alturas, los grados, las latitudes y nos entregamos a la alegría de aquella algarabía; nos olvidamos de nuestro papel de circunspectos y sesudos científicos, y nos entregamos a la alegría general. Cansados como estábamos, comimos, bebimos y nos dejamos llevar por la embriagadora atmósfera de fiesta. Al caer la noche, las calles se iluminaron con innumerables farolillos hechos de papel, de cristal, de hoja de cáñamo, de seda. Colgaban de los postes de los puestos, de las ramas de los árboles a modo de guirnaldas; descansaban sobre las escaleras de las iglesias, sobre los muretes de los edificios de la administración virreinal, sobre cestos, sobre toneles, sobre tinajas. Los llevaban en la mano los vendedores ambulantes, o en las cabezas las mujeres. Los había de mil formas y colores, y daban un ambiente aún más festivo al mercado, con mil destellos, como estrellas que se alcanzaban con la

mano en el firmamento del parián de Acapulco, el gran mercado del galeón de Manila, cuya actividad no decrecía a pesar de que había caído la noche.

Pero había uno que era de una belleza y una delicadeza sin igual para el barón, amante como era de las flores. Entre finos pétalos puntiagudos de nácar rematados con hilo de plata que formaban una hermosa flor de loto, descansaba una vela cónica que se escudaba entre los pétalos para que el viento no la apagase. El barón se quedó embelesado. Se acercó a la china que los vendía, ataviada con blusa y falda de vivos colores, el pelo negro azabache atado en dos gruesas trenzas que le rodeaban la cabeza a modo de diadema. El barón señaló uno de los portavelas, y una caja de laca japonesa que la mujer vendía también, decorada con flores de almendro, para guardar en ella la delicada pieza. Le dio una moneda a la mujer, y sin apartar la vista de su recién adquirido tesoro, lo llevó delicadamente entre sus manos hasta donde estaba Bonpland, que intentaba imitar el baile de los hombres sobre la tabla de madera al son de la alegre música. El francés, en mangas de camisa, y sudoroso por el baile, al ver a su colega alemán extasiado con su delicado tesoro protegido por sus grandes manos no pudo evitar soltar una fuerte carcajada mientras se daba un golpe en la rodilla.

-"Por algo más que eso, pero por la misma belleza, este imperio se desbordó hasta Asia hace cientos de años."

El viejo barón abrió los ojos, justo en el momento en que una ráfaga de viento apagaba la vela. Los volvió a cerrar.

El fiel Joseph fue el primero en encontrar al famoso científico Alexander von Humboldt muerto en su sillón, con una sonrisa beatífica en los labios.